

# ACCIÓN Y NECESIDAD EN EL PENSAMIENTO POLÍTICO DE MAQUIAVELO

## ACTION AND NEED IN MACHIAVELLI'S POLITICAL THINKING

IDOIA MAIZA OZCOIDI\*  
*UNED*

RESUMEN: Este artículo pretende interpretar rectamente la filosofía política y el pensamiento global del autor florentino, desechando juicios rápidos y simplistas que lo condenan precipitadamente desligándolo de su tiempo y descuidando sus verdaderas intenciones e ideas. El objetivo no es pronunciarme a favor o en contra de Maquiavelo ni aplaudir, justificar o criticar su postura política. El objetivo es reflexionar sobre dos de los conceptos clave en sus planteamientos políticos y en la filosofía subyacente a ellos. Asimismo, mi propósito es analizar hasta qué punto Maquiavelo sigue fielmente la línea del pensamiento clásico antiguo, comprobando que es precisamente la ruptura con éste la que va a configurar el justo alcance del significado de su obra.

PALABRAS CLAVE: Maquiavelo, Política, acción, necesidad, virtud, humanismo.

ABSTRACT: This article intends to interpret the political philosophy and global thought of the Florentine author rightfully, disregarding rapid and simplistic judgments that condemn him hastily, taking him out of his time and ignoring his true intentions and ideas. My objective is neither to pronounce in favour of or against Machiavelli, nor to acclaim, justify or criticise his political position. My objective is to reflect on two of the key concepts of his political thinking and on the philosophy underlying them. I shall also analyze how far Machiavelli truly follows the line of ancient classic thought, verifying that it is precisely the rupture with this ancient classic thought that will shape the best understanding of the significance of his work.

KEYWORDS: Machiavelli, politics, action, necessity, virtue, humanism.

---

\* E-mail: [imaiza@fsof.uned.es](mailto:imaiza@fsof.uned.es)

Ocurre a veces que un pensador pasa a la historia del pensamiento indebidamente juzgado y sentenciado. Este es el caso de Maquiavelo. Maquiavelo es uno de los personajes más desacreditados en la historia de la política, de los de reputación más odiosa.

Inventor de la mentira, de la traición, de la fría crueldad, de la ambición sin conciencia, de la tiranía sin remordimientos, ha levantado polémicas y sofocado la ira de sus numerosos detractores. Su nombre, en un acto no demasiado lícito, ha pasado a calificar todo acto maldito. Parece como si nada de aquello hubiera existido antes de su aparición. Mejor dicho, antes de la aparición de su obra, puesto que tal opinión no atiende ni a su vida y persona, ni por supuesto a la sociedad y época en que vivió.

Más que un juicio rápido y como tal, simplista, Maquiavelo merece otra cosa; ni más ni menos de lo que merecen el resto de pensadores de cualquier época, pero sí lo mismo: que se interprete rectamente su obra. Para ello no podemos desligar a Maquiavelo de su tiempo y precipitarnos a su condena.

No pretendo pronunciarme a favor o en contra de este autor, ni aplaudir, justificar o condenar su postura política y su pensamiento global. Mi propósito es reflexionar sobre dos de los conceptos que me parecen clave en sus planteamientos políticos y en la filosofía subyacente a ellos. Asimismo analizaré hasta qué punto Maquiavelo sigue fielmente la línea del pensamiento clásico antiguo, comprobando que es precisamente la ruptura con éste, la que va a configurar el justo alcance del significado de su obra, y también lo que la va a convertir en el blanco de las muchas veces inexactas críticas de que ha sido objeto hasta nuestros días.

Escritor del Renacimiento y ciudadano de Roma más que de su patria, vive en la antigüedad y su ideal lo constituye la destrucción de la barbarie intelectual de la Edad Media. Sin embargo, representa la negación en cierto modo, tanto de uno como de otra, pues juzga las cosas como son, no como debieran ser, y a diferencia de los humanistas, subordina el mundo de la imaginación, de la abstracción y del deseo, al mundo de la realidad, de la experiencia y de la observación.

De los hombres de la Edad Media, se diferencia en prescindir de elementos sobrenaturales; el fundamento de la vida está en la patria. Y su humanismo no

es como el de los humanistas del Renacimiento, puramente doctrinal y erudito, sino eminentemente político y práctico.

La nueva actitud renacentista no ve ya el mundo como algo digno de contemplación únicamente, sino como algo que permite al hombre moldearlo mediante su esfuerzo, haciendo de él su «obra».

Exalta la dignidad y grandeza del hombre, dueño y protagonista de su propio destino gracias a su razón y a una libertad que le posibilita dominar y organizar el mundo del que forma parte. Esta enorme confianza en el hombre y en una libertad prácticamente ilimitada no es, en absoluto, la manera de entender las cosas de Maquiavelo.

El hombre del que él parte no es un ser racional y libre, sino un ser emotivo y dominado por la sociedad. Y éste y no otro, va a ser su punto de partida. Precisamente porque no podemos confiar en el hombre dada su naturaleza perversa, y puesto que nuestra libertad no es absoluta sino que está condicionada por factores naturales, habrá que conocer antes de nada cómo es esta naturaleza humana, y cómo se ha manifestado a lo largo de la historia. El conocimiento de los hombres se vuelve así condición imprescindible para una acción política adecuada.

Si es evidente que la política es una técnica y su objeto, el estado, no es un hecho natural, y sí un producto de la acción humana que no pretende seguir a la naturaleza sino modificarla actuando sobre ella, es evidente que esa técnica no se puede aprender estudiando la naturaleza, sino observando de una manera crítica y razonada las acciones de los hombres.

Si el hombre es el sujeto de la historia, es lógico pensar que el conocimiento del mismo y de sus pasiones y móviles, será el principio de la sabiduría política. A Maquiavelo la naturaleza humana le obliga a conformar su proyecto político:

«El ser humano es siempre el mismo y en consecuencia también lo son la historia y la política»<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, Madrid, Alianza, 1987, p. 127.

De ahí la importancia que adquiere la historia a la que Maquiavelo contempla como maestra de la vida. La historia nos proporciona conocimiento y el conocimiento es poder, poder del que debemos hacer uso para organizar un estado fuerte que preserve la seguridad y el bienestar de todos los ciudadanos.

Para que la historia pueda cumplir su doble función pedagógica y científica necesita dos cualidades: que sea pragmática en sus enseñanzas y que atienda al pasado, no sólo por las lecciones que da al presente, sino porque tales lecciones constituyen la demostración objetiva de que la naturaleza humana se muestra idéntica a través de los siglos:

«[...] quien quiera ver lo que será, considere lo que ha sido porque todas las cosas del mundo tienen su correspondencia en tiempos pasados. Esto sucede porque siendo obra de los hombres, que tienen y tendrán siempre las mismas pasiones conviene necesariamente que produzcan siempre los mismos efectos. También es cierto que estas acciones son más virtuosas [...] según la educación que ha modelado el modo de vida de los pueblos. También facilita el conocer las cosas futuras por las pasadas al ver [...]»<sup>2</sup>.

El conocimiento para Maquiavelo es absolutamente indispensable, y adquiere su valor en razón de la utilidad que reporta como guía de acción política adecuada. Así frente al «si queremos podemos» de Pico de la Mirándola, Maquiavelo proclamará «si conocemos podemos».

Ante una voluntad extremadamente voluble y más inclinada por naturaleza al mal, el conocimiento cumple la misma función: suplir, como él mismo dice, los defectos de la naturaleza.

Así frente a una naturaleza perversa se hace necesaria una buena educación (unas buenas costumbres), y frente a una voluntad extremadamente voluble, se hará necesario un conocimiento firme, exacto y riguroso.

---

<sup>2</sup> *Ibid.*, p. 413. Este texto es un claro precedente, o por lo menos una intuición de la teoría de las causas actuales, que se aplicó primero a la geología y a la biología, y después a la antropología y a la historia en el siglo XIX.

La importancia que concede Maquiavelo al conocimiento y al esfuerzo metódico que supone alcanzarlo, queda expresamente manifiesta cuando en la dedicatoria que dirige a Lorenzo de Médici en el *Príncipe* dice:

«No he encontrado entre mis pertenencias cosa alguna que considere más valiosa o estime tanto como el conocimiento de las acciones de los grandes hombres, adquirido por mí mediante una larga experiencia en las cosas modernas y una continua lectura de los antiguos»<sup>3</sup>.

También subraya reiteradamente su carácter pragmático. Por ejemplo en los *Discursos* al examinar la razón por la que la práctica política no recurre a los ejemplos de los antiguos verá que se debe a:

«[...] no tener verdadero conocimiento de la historia y a no extraer, al leerla, su sentido ni gozar del sabor que encierra»<sup>4</sup>.

En la misma obra atribuye la debilidad de las personas de su tiempo a la falta de conocimiento de las cosas:

«[...] pero la debilidad de los hombres actuales, deriva de su débil educación y de su escaso conocimiento de las cosas que hace que los juicios de los antiguos sean considerados en parte inhumanos y en parte imposibles»<sup>5</sup>.

La pasión de Maquiavelo es la política y por tanto desde esta óptica va a contemplar toda la actividad humana alejándose así de los humanistas del Renacimiento, que además de por la política se interesaban por muchas otras cosas.

Para el pensador florentino la reflexión política adquiere valor siempre y cuando guíe la acción política, único objetivo del obrar humano. Y es que para Maquiavelo la acción es la sustancia misma de la política, lo que mueve la historia. «Ser hombre es ser luchador» dirá en *Del arte de la guerra*. La acción, que para él se concreta en última instancia en la guerra, es tan necesaria como la lucha de los ele-

---

<sup>3</sup> *El príncipe*, Madrid, Alianza, 1982, p. 31.

<sup>4</sup> *Discursos*, *op. cit.*, p. 26.

<sup>5</sup> *Ibid.*, p. 376.

mentos en la naturaleza, y si todo lo que tiende a humanizarla en lo posible, merece reconocimiento universal, suprimirla es una utopía contraria a la realidad de las cosas, y a la larga funesta para la fuerza, salud y florecimiento de los pueblos.

El deseo de paz es, en su opinión, señal evidente de abulia civil y de abatimiento político. ¿Qué otra cosa expresa sino su ideal pedagógico del ciudadano-soldado? Sin embargo, parece también que responde a la necesidad de evitar desórdenes, si bien me inclino a pensar que esta última razón es una excusa para legitimar la guerra en todas sus circunstancias:

«Si siempre hay ejércitos en campaña, siempre habrá sitio para la virtud [...] Pero las otras repúblicas, que no están organizadas así y que sólo hacen la guerra cuando la necesidad les obliga a ello, no pueden evitar ese inconveniente [se refiere Maquiavelo a que los hombres valientes y capacitados en tiempos tranquilos se indignen al verse despojados de su autoridad] y siempre incurrirán en tal error y sufrirán los desórdenes consiguientes, cuando el ciudadano capacitado y olvidado sea vengativo, tenga en la ciudad algún prestigio y cuente con partidarios»<sup>6</sup>.

En el siguiente texto vemos con claridad su aversión al ocio y a la inactividad, que siempre, en su opinión, se van a producir cuando no hay estricta actuación política:

«Cuando las armas han logrado victorias y éstas proporcionan tranquilidad a los pueblos, la virtud de los guerreros se corrompe en la pereza honesta y sabia del cultivo de las letras y el funesto ocio se introduce en las ciudades [...]»<sup>7</sup>.

Su pasión por la acción política es llevada a tal extremo que ninguna otra merece su aprobación. Ni siquiera el cultivo de las letras.

A mi parecer esta pasión le lleva a otro extremo: a la afirmación de que la conquista es la culminación inevitable de la acción política. El engrandecimien-

---

<sup>6</sup> *Ibid.*, p. 351.

<sup>7</sup> *Ibid.*, p. 216.

to se hace necesario para no ser atacado y para mantenerse vigoroso. Maquiavelo no cree que los hombres hayan sido creados por Dios para destruirse mutuamente. Simplemente constata que la experiencia no cesa de mostrar que la fuerza se hace necesaria cuando la ley se muestra insuficiente, y que, por tanto, es muchas veces el único modo de obtener justicia. Así exige que las guerras se hagan por causas justas y aconseja que no debe abusarse de la victoria para no poner en desesperación a los vencidos. Sin embargo, como el resto de sus estrategias políticas, obedece ésta también a la ventaja del momento. Su ética guerrera es lógica e inflexible y la virtud que la preside está desprovista de cualquier sentimiento moral. Habla de justicia pero deja bien claro que prefiere la guerra a la paz. Y no habla sólo de defensa, también habla de conquista.

Entiendo, siguiendo su lógica, que haya que defenderse cuando a ello obligue la necesidad, pero ¿cuándo obliga la necesidad a la conquista? No creo que responda a una necesidad tal y como él la concibe sino más bien a un lujo, a un ideal, resultado, con seguridad, de su amor tan intenso por los antiguos, que le lleva en este caso un poco lejos, al no ver al antiguo estado Romano como una autoridad en defensa de sus sentencias, sino como un ideal que le lleva a forjar una utopía. Maquiavelo simplemente cree que la imitación del antiguo modelo Romano era manantial de todo bien:

«Hay en esa mirada hacia atrás, para uno, un anacrónico anhelo de repetir la historia. Pero no lo habrá para Maquiavelo empujado pasionalmente por su amor a Italia y racionalmente por su creencia en la ineluctabilidad de las causas y efectos históricos y en la inmutabilidad de la naturaleza humana. De ahí a suponer que el remedio de todos los males vendría de la imitación de la Roma antigua sólo hay un paso que nuestro autor da con pie firme al escribir esta obra»<sup>8</sup>.

No voy a detenerme ahora a reflexionar sobre la debilidad de su método, realista y empírico. De momento quiero subrayar cómo su pasión por la política le lleva a exaltar la acción consustancial a la misma, hasta el extremo de que el hombre va a tener una única misión sobre la tierra: el patriotismo. Para Maquiavelo,

---

<sup>8</sup> Carrera Díaz, M. en estudio preliminar del *Del arte de la guerra*, Madrid, Tecnos, 1979, pp. 24-25.

el primer deber del hombre es la gloria, la grandeza y la libertad de la patria: «puede más el amor a la patria que cualquier otro respeto»<sup>9</sup>.

La gloria la da la acción máxima: sacar a los hombres de la animalidad, la barbarie, o de la corrupción. De sus obras se deduce claramente que sobrepuso siempre su ardor patriótico a sus resentimientos personales, y como la fortuna no le permitió servir a la patria con ejemplos, quiso servirla con los libros. Nunca quedó satisfecho por ello, ya que para él escribir era una actividad de segundo grado y a la que se consagró, como ya he dicho, porque no tuvo más remedio:

«Y si vuestra Magnificencia [Lorenzo de Médici] desde el ápice de su elevado sitial, posa en alguna ocasión los ojos sobre estos bajos lugares, reconocerá cuán inmerecidamente soportó una enorme y continua malignidad de la fortuna»<sup>10</sup>.

Es evidente su descontento y su afán por acceder a un cargo público. Sólo la acción, la acción política se coloca dentro de la esfera de la realidad. La literatura y la filosofía pertenecen al mundo de la imaginación y la abstracción, recursos a su parecer fáciles e inútiles.

Maquiavelo se preocupa de aclarar que él al escribir se aleja del propósito y método seguido por los que han escrito sobre el mismo tema:

«Siendo mi propósito escribir algo útil para quien lo lea, me ha parecido más conveniente ir directamente a la verdad real de la cosa que a la representación imaginaria de la misma. Muchos se han imaginado repúblicas y principados que nadie ha visto jamás ni se ha sabido que existieran realmente»<sup>11</sup>.

Toda su obra es una provocación a la acción. El fin del hombre es el Estado, y el de éste la gloria, la creación y la práctica de la virtud. La quietud no conduce más que a la miseria y la ruina. «No son los títulos los que hacen ilustres a los hombres, sino los hombres a los títulos».

---

<sup>9</sup> *Discursos, op. cit.*, p. 328.

<sup>10</sup> *El príncipe, op. cit.*, p. 32.

<sup>11</sup> *Ibid.*, p. 83.

«El fin de Roma era el imperio y la gloria, y no la quietud»<sup>12</sup>.

«Vale más ser impetuoso que precavido porque [...]»<sup>13</sup>.

Podríamos continuar las citas puesto que toda su obra está repleta de máximas que invitan a la acción. Por supuesto Maquiavelo no aplaude cualquier acción, como estamos viendo, sino sólo la acción virtuosa, pues sólo por ella los hombres y los Estados pueden alcanzar la gloria, última meta del obrar humano.

Llegados a este punto, podemos ya enlazar su concepto de acción con su concepto de necesidad.

El fin es uno, y siempre el mismo, pero no siempre se puede llegar a él por el mismo camino. Así, una acción será o no virtuosa dependiendo de las circunstancias. La razón es que a juicio del autor florentino «prospera aquél que armoniza su modo de proceder con la condición de los tiempos»<sup>14</sup>. Si bien la naturaleza humana es inmutable, no lo son los condicionamientos naturales en que se desarrollan las acciones humanas, es decir, no lo son los tiempos, de modo que «es necesario juzgar la verdad en cada caso particular, ya que como las cosas humanas están siempre en movimiento, o se remontan o descienden»<sup>15</sup>.

Maquiavelo insiste en que su política la obliga la naturaleza de las cosas y su movimiento. Su mundo, el mundo en que actúa el hombre y se desarrolla la política, es el cosmos del naturalismo platónico o aristotélico. Sin embargo, él se centra en las relaciones causales puramente humanas, psicológicas y políticas: la grandeza y perfección de los Estados no es un producto del destino, sino de la virtud del legislador y de los ciudadanos, «pero como las cosas de los hombres están siempre en movimiento y no pueden permanecer estables, es preciso subir o bajar, y la necesidad nos lleva a muchas cosas que no hubiera alcanzado por la razón... »<sup>16</sup>.

---

<sup>12</sup> *Discursos*, *op. cit.*, p. 207.

<sup>13</sup> *El príncipe*, *op. cit.*, p. 120.

<sup>14</sup> *Discursos*, *op. cit.*, p. 118.

<sup>15</sup> *Ibid.*, p. 178.

<sup>16</sup> *Ibid.*, p. 48.

Los golpes del destino, la «fortuna», se impone al hombre; la fortuna se impone a la virtud (y él lo vive así), a pesar de que en el *Príncipe* subraya la virtud sobre la fortuna. La tarea de la virtud es hacer retroceder a esta última, ya que «donde los hombres tienen poca virtud, la fortuna muestra su poder»<sup>17</sup>.

La razón sola no es suficiente. La única garantía de éxito está en reconocer la fuerza de las circunstancias aceptando lo que la necesidad dicta, y armonizando el propio comportamiento con los tiempos:

«La verdadera virtud no teme ninguna circunstancia desfavorable»<sup>18</sup>.

Cosas muy conformes a la razón no lo son a la experiencia, y, por consiguiente, una acción política adecuada deberá siempre acomodarse a las necesidades de los tiempos. La razón no basta para llevar las cosas a buen fin, sino que la experiencia muestra que hay que atender a la necesidad y seguir sus dictados.

Es una necesidad empírica la que nos enseña que no siempre el obrar moral será la mejor política, pues es la necesidad y no la moral la que domina y fuerza la vida humana. A juicio de Maquiavelo ella es el origen de toda moral.

Comprobamos cómo el maquiavelismo no es otra cosa que su teoría de la necesidad política. «Si la *virtú* era aquella fuerza viva de los hombres que creaba y mantenía los Estados, dándoles sentido y significación, la *necesita* es, en cambio, la fuerza causal, el medio para dar a la masa inerte la forma requerida por la *virtú*»<sup>19</sup>.

Y no es que la necesidad obligue, sino que resulta obligada dado que es útil:

«Ya hemos explicado otras veces lo útil que resulta para las acciones humanas la necesidad, y a cuánta gloria puede conducir las, y que algunos filósofos morales han escrito que las manos y la lengua, dos precarios instrumentos que ennoblecen al hombre, no se hubieran perfeccionado ni hubieran

---

<sup>17</sup> *Ibid.*, p. 281.

<sup>18</sup> *Ibid.*, p. 391.

<sup>19</sup> Meinecke, F., *La idea de la razón de Estado en la Edad Moderna*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1983, p. 39.

llevado las obras humanas a la grandeza en que hoy se hallan, si no hubieran recibido el estímulo de la necesidad»<sup>20</sup>.

La virtud para Maquiavelo tiene todo el derecho a utilizar cualquier tipo de armas en la consecución de su empresa. Esto ya fue dicho y Maquiavelo nos lo recuerda: «Tito Livio dice que la necesidad es la última y más poderosa de las armas»<sup>21</sup>.

No hay razón para escandalizarse. No podemos negar que el pensamiento reducido a la búsqueda de buenos medios para los fines define el territorio de la política, campo cuya razón de ser es en última instancia la eficacia, y en el que, por tanto, la teoría debe supeditarse a la utilidad.

La política como pensamiento de lo útil es imprescindible y no creo que pueda ser de otra manera. Ahora bien, el problema lo encontramos en la desatención que se presta a las cuestiones últimas, a aquellos fines últimos, que precisamente son los que legitiman la acción política. Maquiavelo nunca perdió de vista aquel fin; aquel fin al que por otra parte podemos tachar de puro e inútil pero que preside a la política, y al que podemos llamar legítimamente verdadero.

La filosofía de Maquiavelo, su filosofía política, fue pragmatista, de acuerdo, pero ¿no lo es la nuestra? Nosotros que sólo descubrimos la esencia de la verdad en lo práctico, en lo útil, sin atender a un fin, sino a infinitos fines, todos los cuales son llamados verdaderos, ¿no estaremos haciendo de la política una ciencia a la medida de cada uno, una ciencia a la que ya no legitima un fin, sino infinitos fines particulares?

Lo que esto trae consigo, de sobra es conocido por todos. Ortega ya lo dejó bien claro:

«Cuando la política se entroniza en la conciencia y preside toda nuestra vida mental, se convierte en un morbo gravísimo. La razón es clara. Mientras tomemos lo útil como útil, nada hay que objetar. Pero si esta preocupa-

---

<sup>20</sup> *Discursos, op. cit.*, p. 339.

<sup>21</sup> *Ibid.*, p. 342.

ción por lo útil llega a constituir el hábito central de nuestra personalidad, cuando se trate de buscar lo verdadero tenderemos a confundirlo con lo útil. Y esto, hacer de la utilidad la verdad, es la definición de la mentira. El imperio de la política es pues el imperio de la mentira»<sup>22</sup>.

La política de Maquiavelo es una política realista. Su fin ideal: los medios reales.

En el mundo precristiano, sea la palabra griega *areté* como su correspondiente latina *virtus* han significado siempre la fuerza o energía con que un hombre obra. Aristóteles la consideraba como «la disposición para lo óptimo en quien ya es perfecto». Santo Tomás, parafraseando otra expresión de Aristóteles la definía como «aquello que torna bueno al hombre y a sus obras». Una milenaria tradición humana y cristiana ha entendido con el término «virtud» la capacidad de la persona para realizar sus obras en el mejor modo posible, y, además, con cierta facilidad fuesen cuales fuesen las circunstancias.

Ya hemos visto cómo Maquiavelo rompe con este esquema al reconocer la fuerza de las circunstancias que su teoría de la necesidad le obliga a tener en cuenta. Ya no bastan la inteligencia y la voluntad del hombre para alcanzar aquello que considera éste su fin último. La virtud ahora va a tener su último asiento en la necesidad, en la condición de los tiempos.

Qué sea y cómo se entienda la virtud va a depender, como es natural, del fin en el que los hombres pongan su mirada, ya que es el fin lo que orienta y marca su vida, y lo que determina la calidad de su existencia.

Para Maquiavelo el fin supremo y único del esfuerzo humano no es la felicidad personal, ni el conocimiento y amor de Dios. El fin último del hombre es el Estado. Maquiavelo entendió la virtud en el sentido romano, como significando fuerza y energía, que lanza a los hombres a las empresas más arriesgadas. La virtud se presenta como una buena disposición a hacer lo que sea necesario para alcanzar la gloria y la grandeza de la patria. El individuo queda absorbido

---

<sup>22</sup> *El espectador*, Madrid, Alianza, 1980, p. 12.

en la colectividad al anteponer siempre el interés general a los propios intereses, y la libertad común a la propia personalidad.

El Estado, único fin del obrar humano, va a ser también el fundamento de toda moral:

«En las deliberaciones en que está en juego la salvación de la patria no se debe guardar ninguna consideración a lo justo o lo injusto, lo piadoso o lo cruel, lo laudable o lo vergonzoso, sino que dejando de lado cualquier otro respeto, se ha de seguir aquel camino que salve la vida de la patria y mantenga su libertad»<sup>23</sup>.

Siempre es laudable obrar bien, pero en política no siempre se saca utilidad de ello. La política es la ciencia del provecho, y por tanto la moral de Maquiavelo no va a ser otra cosa que un cálculo de utilidad. Esta manera de pensar implica forzosamente un divorcio entre la conveniencia y la moralidad convencional: no siempre debe considerarse racional el ser moral. Ésta va a ser la crítica que el pensador florentino hace del humanismo clásico y del contemporáneo<sup>24</sup>.

La libertad es la clave de la grandeza de la patria, y la garantía de la libertad se encuentra en la creación y mantenimiento de la virtud en todos los ciudadanos. Sólo en los Estados libres veía Maquiavelo la condición favorable para el desarrollo y la práctica de la virtud. Pero debido a que la vida de los Estados constituye un ciclo, dado que la naturaleza humana dominada por la ambición es inmutable, surge un movimiento de felicidad y ruina tanto en los hombres como en los Estados, y la virtud creadora de un solo individuo se hace siempre necesaria.

Si la decadencia es inevitable, y al florecimiento de un Estado libre sigue necesariamente su ruina, para dar a un Estado libre en decadencia la virtud que lo lleve de nuevo a lo alto «es necesario estar solo en el poder»<sup>25</sup>. La virtud nunca puede venir de las masas dado que «nada es más vano e inconstante que la multitud»<sup>26</sup>.

---

<sup>23</sup> *Discursos, op. cit.*, p. 411.

<sup>24</sup> Cfr. *Ibid.*, p. 59.

<sup>25</sup> *Ibid.*, p. 166.

<sup>26</sup> Skinner, Q., en *Maquiavelo*, Madrid, Alianza, 1984, p. 24.

Como los antiguos, Maquiavelo era un fanático de la patria, y el patriotismo absorbía a la religión misma, que pasaba a ser un mero instrumento de poder. No era para el secretario florentino el mundo un orden místico, trascendente y ético, sino humano, natural y lógico.

Maquiavelo nunca detuvo su atención en dogmas teológicos ni en sistemas místicos, y toda su fe se concentró en una sola aspiración: dirigir con los cánones de una política eminentemente realista los destinos de la humanidad.

Nuestro pensador sólo va a admitir las enseñanzas experimentales de los hechos históricos. Sólo su experiencia directa con los asuntos del Estado y las verdades que encierra la historia van a conformar su juicio y su pensamiento. Aquí radica el aspecto novedoso de su pensamiento: no partir de cómo las cosas deban ser, sino de cómo son; ir directamente a la verdad de las cosas y no a su representación imaginaria «porque hay tanta distancia de cómo se vive a cómo se debería vivir, que quien deja a un lado lo que se hace por lo que se debería hacer, aprende antes su ruina que su preservación»<sup>27</sup>.

El arte de gobernar no tiene por campo el mundo ético, sino el mundo real, tal y como se da en el espacio y en el tiempo.

Cada verdad representa una máxima general en la disciplina política, la única que puede sacar a Italia de la crisis. No hay otro camino para reformarla que una política realista, fundada en el necesario curso de las cosas, y en la inmutabilidad de la naturaleza humana.

Maquiavelo contempla a Italia y a Florencia sumidas en el fondo de la crisis y la corrupción, y en una situación francamente difícil y penosa:

«Estos tiempos nuestros son tan desdichados que ni los ejemplos antiguos y modernos, ni la confesión de los errores cometidos, son suficientes para que los príncipes se corrijan [...]»<sup>28</sup>.

---

<sup>27</sup> *Discursos, op. cit.*, p. 83.

<sup>28</sup> *Ibid.*, p. 240.

Las opiniones contrarias a la verdad, no hacen sino agravar la situación; de ahí la necesidad del político de atender a la verdad de las cosas.

Poco seguro, dada la condición humana de la concordia entre la moral y la política, Maquiavelo no concebía que el Estado pudiera defenderse con medio más eficaz que la fuerza.

Al decir que los hombres están inclinados hacia el mal, no hacia el bien, quería decir que los gobernantes no tienen que predicar el bien, sino que lo tienen que hacer cumplir por medio de leyes draconianas, cuyo fundamento no es la voluntad divina, sino la necesidad de conservación social:

«[...] es necesario que quien disponga una república y ordena sus leyes presuponga que todos los hombres son malos y que pondrán en práctica sus perversas ideas siempre que se les presente la ocasión de hacerlo libremente»<sup>29</sup>.

Así, «los hombres sólo obran bien por necesidad, pero donde se puede elegir y hay libertad de acción, se llena todo inmediatamente de confusión y desorden. Por eso se dice que el hambre y la pobreza hacen ingeniosos a los hombres, y las leyes los hacen buenos»<sup>30</sup>.

Ante una naturaleza humana perversa, el único medio de evitar el desorden es la institución de la ley y el empleo de la fuerza. La ley se hace necesaria cuando las cosas no marchan bien, y si ésta no basta, hay que recurrir a la fuerza:

«Debéis pues saber que existen dos formas de combatir: la una con las leyes, la otra con la fuerza. La primera es propia del hombre, la segunda de las bestias, pero como la primera muchas veces no basta, conviene recurrir a la segunda»<sup>31</sup>.

Repetimos que las máximas generales admitidas en la Política las dicta la naturaleza de las cosas. Así, este último precepto, señala Maquiavelo, sería aborreci-

---

<sup>29</sup> *Ibid.*, p. 37.

<sup>30</sup> *Ibid.*, p. 38.

<sup>31</sup> *El príncipe, op. cit.*, p. 90.

ble si los hombres fuesen todos buenos; pero no lo son. Comprobamos de nuevo cómo su teoría de la necesidad política es el eje de todo su pensamiento.

Volvamos al propósito que anima a Maquiavelo: sacar a Italia de la corrupción política y social tan absoluta en que se encontraba. Esta situación tan drástica sólo podía salvarse, en la mente de Maquiavelo, con medidas drásticas, de modo que entonces sólo el principado ofrecía una salida a la crisis:

«De todo lo dicho se deduce la dificultad o imposibilidad que existe en una ciudad corrupta para mantener una república o crearla de nuevo, y si a pesar de todo la hubiera de crear o mantener, sería necesario que se inclinase más hacia la monarquía que hacia el Estado popular, para que los hombres cuya insolencia no pueda ser corregida por las leyes sean frenados de algún modo por una potestad casi regia»<sup>32</sup>.

La flexibilidad moral es la principal característica de la virtud de un príncipe. Un príncipe virtuoso «necesita tener un ánimo dispuesto a moverse según le exijan los vientos y las variaciones de la fortuna, y a no alejarse del bien, pero a saber entrar en el mal si se ve obligado»<sup>33</sup>. Cualquier medio que sirva para conservar el Estado será bueno, pues en la moral maquiaveliana una acción nunca será considerada buena o mala en sí misma, sino que lo será la finalidad a la que tiende:

«[...] en las acciones de todos los hombres y especialmente de los príncipes, donde no hay tribunal al que recurrir, se atiende al fin»<sup>34</sup>.

«El fin justifica los medios»; en esta máxima se concreta toda la política realista de Maquiavelo. La necesidad (atender al fin) dicta la manera de proceder de los hombres. Es esa necesidad empírica de la que tanto estamos hablando la que nos enseña que no siempre el obrar moral es la mejor política:

«La virtud se alaba y se admira aun en los enemigos»<sup>35</sup>.

---

<sup>32</sup> *Discursos, op. cit.*, p. 87.

<sup>33</sup> *El príncipe, op. cit.*, p. 92.

<sup>34</sup> *Ibid.*, p. 93.

<sup>35</sup> *Discursos, op. cit.*, p. 168.

Maquiavelo habla de la virtud desaparecida y consumida, pero es precisamente ésta la premisa básica para la esperanza de la regeneración y de la salida de la crisis. El remedio de todos los males lo encontró Maquiavelo en el seguimiento de las máximas de una política realista, y en la imitación de su modelo ideal, la Roma republicana.

El amor tan intenso que Maquiavelo sentía por la antigüedad se puede inferir de las siguientes palabras:

«[...] considerando además cuánto honor se tributa a la antigüedad, y cómo, muchas veces un fragmento de estatua antigua ha sido adquirido a alto precio para tenerlo consigo, honrar la casa y hacerlo copiar por los que se complacen en aquel arte, y cómo éstos se esfuerzan luego, con gran industria, en representarlo en todas sus obras, y viendo por otra parte que las valerosísimas acciones que, como la historia nos muestra, llevaron a cabo en los reinos y repúblicas antiguas los reyes, capitanes, ciudadanos, legisladores y demás hombres que trabajaron por su patria, son más a menudo admiradas que imitadas, hasta el punto de que cada uno huye de los más significantes trabajos, sin que quede ningún signo de la antigua virtud, no puedo por menos que maravillarme y dolerme juntamente [...]. Muchos lectores se complacen al escuchar aquella variedad de sucesos que contiene, sin pensar de ningún modo imitarlos, juzgando la imitación no ya difícil, sino imposible, como si el cielo, el sol, los elementos, los hombres, hubieran variado sus movimientos, su orden y sus potencias desde los tiempos antiguos»<sup>36</sup>.

Los hombres no han cambiado, y Maquiavelo quiere alejar a los hombres de su tiempo de creer lo contrario. Por eso puso todo su empeño en difundir las enseñanzas de los antiguos, estimándolas manantial de todo bien.

En realidad, no exageraríamos si dijésemos que el estudio de los autores clásicos le produjo una especie de intoxicación; él sabía muy bien que una reforma radical o la creación de algún sistema insólito de ciencia política o de filosofía moral, y todavía mucho menos de algún Estado o pueblo nuevos, era imposible, por lo que sin buscar más fundamentos, ponía la mirada bastante ilusamente en

---

<sup>36</sup> *Ibid.*, prólogo, pp. 26-27.

la antigüedad. Él mismo admitía que el elemento que impulsó a Grecia y Roma en sus empresas, y que era el sentimiento de libertad, no existía en sus tiempos:

«[...] no hay en el mundo tantas repúblicas como había antiguamente, y, por consiguiente, no se ve en los pueblos el amor a la libertad que antes tenían»<sup>37</sup>.

El ideal de Maquiavelo era la regeneración de su pueblo por medio de la virtud, cuya creación y mantenimiento era el fin evidente del Estado.

Toda su obra es un proyecto de restauración nacional. La Italia de su época, esclava de los extranjeros y destrozada por príncipes ineptos, ni siquiera sentía la fuerza que da la desesperación para luchar por su libertad. Su programa se puede resumir en la fórmula «Italia para los italianos». Deseaba ver expulsados del país a los extranjeros, y quería una Italia unida y libre.

Maquiavelo es el creador del realismo en el campo de la política. No quiso sacar adelante la moral, sino que se limitó a estudiar a los hombres. Antes de mirar hacia fuera, mira lo de dentro. Si queremos apreciarlo en su verdadero valor, tenemos que distinguir el fin que se propone, de los medios que aconseja para alcanzarlo.

El fin es ideal, los medios reales, y por eso no va a hacer caso a los que bajo pretexto de moralidad y de espiritualismo, pagan siempre tributo a la moda o las conveniencias. La belleza de las reflexiones de los políticos es ficticia e inútil. Además este idealismo es fácil.

Si Maquiavelo invita a los italianos del siglo XVI a que imiten a sus antepasados, y no se cansa de hablar de lo pasado a expensas de lo presente, es porque sabe que si en los romanos antiguos hubo vicio, corrupción, ambición, crueldad y hasta imprudencia, sin embargo esos hombres hubieran podido avanzar en la escala de esos defectos sin llegar siquiera a igualar a sus descendientes degenerados.

¿Qué impulsaba a los romanos antiguos? La unidad, la libertad, el derecho, la civilización. ¿Qué impulsaba a los italianos del siglo XVI? La división, la servidumbre, el interés, la barbarie.

---

<sup>37</sup> *Ibid.*, p. 189.

Maquiavelo criticó enérgicamente ese estado de afeminamiento político que él veía por todos los lados, tanto en las repúblicas como en las tiranías, tanto en los príncipes como en los reyes.

Es él quien elevó la política a ciencia detallada y exacta, sólida, ateniéndose a la vez a lo que había que cumplir y a lo que exigían las circunstancias.

Se esforzó muchísimo en fundamentar todos los consejos que dio a los príncipes, en las observaciones que hizo de la intimidad de los hombres y en las verdades que había descubierto en la historia.

Su deseo de sinceridad se tradujo en un método que rendía culto a la verdad y que se apasionaba por la exactitud. Su talante crítico, analítico y descubridor, sólo en las deducciones se muestra pragmático y sintético. Así, de un solo hecho o acontecimiento sacaba muchas reflexiones. En fin, lo que no podemos negar es que Maquiavelo fue un gran conocedor del mundo y del hombre, y el moderno Aristóteles en lo que se refiere al arte del gobierno y a la Teoría del Estado. Y además fue el primer gran escritor que derivó de la historia una filosofía práctica y que elevó a ciencia la política.

Su fatal máxima de que el fin justifica los medios, ha hecho ver en el *Príncipe* una invitación a la irreligiosidad, a la impiedad, a la tiranía y al despotismo. Creo que su justa valoración no está tanto en atender a su valor pragmático y ético, como en atender a su valor lógico y científico. No debemos olvidarnos de que la obra tiene un propósito serio, y que no se halla de ninguna manera animado por aquella tendencia, sino por otra realista y empírica, que trabaja para devolver a los Gobiernos su seriedad política y su actividad útil.

Maquiavelo no fue un tirano. Siempre prefirió la república al principado, y la primera constituyó su ideal político. Sin embargo, el exceso de corrupción y de injusticia hacían necesario aquél<sup>38</sup>.

---

<sup>38</sup> A pesar de la Preferencia expresamente manifiesta de Maquiavelo por la república, Meinecke hace notar que su ideal republicano tiene desde el principio una matriz monárquica, ya que los Estados libres no se pueden constituir sin la fuerza de las grandes individualidades de soberano y organizadores. Cfr. *La idea de la razón de Estado en la Edad Moderna, op. cit.*, p. 34.

Maquiavelo no tenía el aire estático y contemplativo del hombre de la Edad Media, ni el tranquilo e idílico del hombre del Renacimiento, sino el moderno del hombre que conducido de hecho en hecho, justifica siempre la exactitud de sus observaciones y comprueba el valor de sus experiencias.

Los escritores que quieren elevarse por encima de la realidad, se pierden en las regiones de la fantasía, actividad inútil e indeseable para la ciencia política, y los que se limitan a dirigir a los hombres, se mantienen en el terreno de la realidad, como Maquiavelo, pero tropiezan con otro problema, y es que a fuerza de vivir siempre dentro de los hechos, los erigen en derecho.

Los dos grandes filósofos de Grecia, Platón y Aristóteles, son los representantes más genuinos de estas tendencias contrarias. Platón vive en un mundo ideal, y con el nombre de *República* escribe una utopía falsa e irrealizable, pero llena de altas aspiraciones. Aristóteles vive en el mundo real, estudia las constituciones políticas que puede haber, y después redacta su sistema. ¿Y qué pasa? Que hallando la esclavitud establecida por todas partes, no sólo la acepta sino que, además, la justifica.

Maquiavelo pertenece a la escuela de Aristóteles. Como él, es el hombre de la realidad, y también como él erige los hechos en doctrina. Y si no se ha condenado a Aristóteles por haber presentado la justificación de la mayor de las injusticias sociales, ¿por qué condenar a Maquiavelo?

Realista es el Maquiavelo político, y para él, como político, el realismo es una exigencia práctica; pero el Maquiavelo persona es un idealista, no sólo porque su fin lo es, sino porque después de todas sus fracasadas experiencias seguía esperando un príncipe ideal.

## Bibliografía

MAQUIAVELO, N. (1987). *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, Madrid, Alianza.

— (1979). *Del arte de la guerra*, Madrid, Tecnos.

— (1982). *El príncipe*, Madrid, Alianza.

- CARRERA DÍAZ, M. (1979). Estudio preliminar a MAQUIAVELO, N. (1987). *Del arte de la guerra*, Madrid, Tecnos.
- GRANADA, M. A. (1981). *Maquiavelo. El autor y su obra*, Barcelona, Barcanova.
- MARAVALL, J. A. (1986). *Antiguos y modernos*, Madrid, Alianza.
- MEINECKE, F. (1983). *La idea de la razón de Estado en la Edad Moderna*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales.
- ORTEGA Y GASSET, J. (1980). *El espectador*, Madrid, Alianza.
- SKINNER, Q. (1984). *Maquiavelo*, Madrid, Alianza.

Recibido: 7/04/2011

Aceptado: 21/06/2011

